

dos años de una salud irreprochable, como atestiguan el médico y el cirujano, María Rosa se casó á la edad de veinte años. El marido confirma que la salud de su mujer fué siempre perfecta hasta su segundo alumbramiento, en el que desgraciadamente sucumbió.

Y ahora que he satisfecho como me ha sido posible el mandato que se me habia dado, que he demostrado la verdad del milagro obtenido en nombre del venerable siervo de Dios Benito José Labre, ya no me resta más, Santísimo Padre, que vesar vuestros sagrados piés implorando vuestra bendicion apostólica.

FIN DEL PRIMER MILAGRO.

MILAGRO II.

CURACION INSTANTÁNEA Y PERFECTA DE TERESA TARTUFOLE
DE UNA ÚLCERA INVETERADA SINUOSA, DE BORDE FISTULOSO,
CALLOSO (Ó PEDROSO).

CAPÍTULO PRIMERO.

EXPOSICION DEL MILAGRO.

1. Las informaciones nos dan á conocer: 1.º que Teresa Tartufole, del pueblo de *Civita Nova*, empezó á padecer de un tumor en la garganta, el que, despues de la aplicacion prolongada de los remedios más enérgicos, no pudo ser reducido ni disminuido, y fué por último extirpado; 2.º que habiéndose contraído los labios de la llaga profunda causada por la extirpacion, resultó una callosidad que degeneró en fistula; 3.º que al cabo de algunos años fué curada milagrosamente por la invocacion del venerable Benito José Labre. Estos hechos referidos por diez testigos con mucha claridad y abundancia de detalles, están consignados en nuestro sumario. Pero como los testigos han declarado once años despues de la curacion, ninguno de ellos ha podido describir exactamente las diversas fases de la enfermedad, y sólo reuniendo los detalles procurados por cada uno de ellos se llega fácilmente á restablecer todo lo que concierne á la historia de la enfermedad, su principio, la extirpacion, la aplicacion de los remedios y la curacion.

Y como para llegar á un perfecto conocimiento de los hechos hay que conocer su sucesion, vamos primero á fijar el órden cronológico con certeza.

2. La informacion apostólica de Loreto que contiene todas las declaraciones tuvo lugar en 1794. La jóven milagrosamente curada tenia á la sazón treinta años y habia nacido en 1764. Ella misma declara que á la edad de tre-

ce años empezó á sufrir del tumor de que vamos á hablar, lo que se remonta al año 1777, y asegura que durante mucho tiempo hizo uso de los remedios farmacéuticos conforme á las prescripciones del Dr. Ricci; pero despues de haber seguido este tratamiento con prolongada paciencia, sin que hubiesen disminuido los dolores, aplicaron el hierro á dicho tumor: el operador fué el cirujano Zannoni, y hay que referir la operacion al año 1780. La miraculada y su hermana declaran que la enferma guardó cama dos meses enteros despues de la extirpacion, y que durante este tiempo la cuidó el cirujano Juan Sormani. Mas es lo cierto que, en este año 1780, Teresa Tartufoli fué á Montegrano, donde permaneció despues muchos años. Este viaje se hizo á mediados del mes de agosto, pues D. José Natinguerra, á quien fué confiada la jóven, refiere que el 18 de dicho mes vino á Civita Nova, donde la madre le encomendó su hija; y la doméstica del Sr. Natinguerra asegura que sus años, despues de haber pasado cuatro dias en Civita Nova, volvieron á su morada conduciendo consigo la enferma. Entonces la llaga habia degenerado en verdadera fistula, como se desprende de la descripcion hecha, ya por la enferma, ya por Natinguerra y su doméstica, que vieron entonces á la paciente por vez primera. Ahora bien, si en 1780, despues de la mitad de agosto, la jóven pasó á Montegrano, y si antes guardó cama en su casa durante dos meses despues de la extirpacion del tumor, es evidente que hay que fijar la extirpacion por lo menos en el mes de junio del mismo año, y que el principio de la fistula habrá que fijarla en el mes del agosto inmediato: el comienzo de la fistula precedió ciertamente la mitad de agosto, puesto que entonces era evidente á la vista de todos.

3. En Montegrano fué confiada á los desvelos del cirujano Antonacci, quien la cuidó durante tres meses. Pero fué en vano que se sometiese al tormento de los cáusticos y del hierro, puesto que no experimentó el menor alivio, y rechazó despues con energia toda operacion quirúrgica. Llegó así al mes de agosto de 1782, y entonces fué cuando prestó oidos al cirujano Cremonini, que habitaba en la misma casa desde principios de marzo del mismo año. Habiendo logrado que la jóven depusiese su horror á la cirugía, Cremonini inspeccionó la llaga, y le aplicó cáusticos dos veces en el mes de agosto; mas no pudiendo la enferma soportar tales torturas, los rechazó de nuevo, y no volvió á aceptar ninguno de estos remedios violentos hasta el instante de su curacion.

4. Toda la historia de la enfermedad se reduce, pues, á lo siguiente: En 1777 se produjo un tumor, que subsistió hasta mediados de junio de 1780; extirpado entonces, la llaga subsistió y convirtióse en fistula. Esta era evidente en agosto siguiente; usáronse muchos remedios, sin ningun resultado favorable, durante algunos meses. Despues no se emprendió nada hasta agosto de 1782, y entonces únicamente dos veces se emplearon cáusticos, y la jóven no quiso que le hablasen más de ellos. Por lo tanto se suprimió toda medicacion hasta fines de mayo de 1783, época en que se recobró la salud por un milagro. Establecido bien esto procedamos de la manera siguiente.

ARTÍCULO PRIMERO.

Primer término del milagro, existencia, naturaleza y gravedad de la dolencia.

5. Como el sujeto del prodigio consiste en la curacion de una fistula engendrada por la herida resultante de la extirpacion de un tumor, pudiéramos no detenernos en las circunstancias que precedieron á esta extirpacion: sin embargo, referiremos lo que de los tiempos que precedieron han dicho los testigos.

Hasta la edad de trece años Teresa Tartufoli gozó de salud perfecta, pero en la época de la pubertad apareció en la parte superior de la garganta un tumor del grueso de una avellana, que pronto fué como un huevo de paloma. Cualquier que fuese la naturaleza de este tumor (que el cirujano Cremonini llamaba tumor cístico ó folicular, y el cirujano Zannoni glándula tiroide cirrosa, lo que es más verosímil, pues consta que, hecha la extirpacion, le faltó esta glándula á la enferma), atormentaba de continuo á la paciente, y comprimía de tal suerte el esófago que deglutia difícilmente y siempre con dolor. La enferma soportó al principio su mal con paciencia, porque esperaba que el tumor acabaria por desaparecer; pero haciéndose cada dia más intensos los dolores, consultó al médico Ricci, quien dispuso se pusiese un emplasto emoliente compuesto de *malva*, miga de pan y leche. La enferma aceptó el remedio y sujetóse largo tiempo al tratamiento, aunque le fuese insoportable su hedor, no le

procurase el menor alivio y no diese el tumor señal alguna de reblandecimiento.

Entonces Teresa y su madre, juzgando que era oportuno recurrir á remedios más enérgicos, consultaron al cirujano Zannoni de Loreto, quien decidió que era absolutamente preciso extirpar el tumor, del que salió un núcleo grueso como una yema de huevo.

6. Hasta aquí hemos expuesto lo que precedió á la extirpación; ahora llegamos á la fase en que aparece el sujeto del milagro. La incisión y la extirpación del tumor dejaron una profunda llaga, en la que el cirujano metió hilas y no sé qué medicamento. Alejóse por aquel entonces, y confió la enferma á los cuidados del cirujano Juan Sormani, quien siguió el mismo tratamiento. *Quedó un gran hueco, dice la hermana de la paciente, y el cirujano metió dentro hilas y alguna otra cosa... Zannoni despues de su operacion se fué, y el Dr. Juan continuó la cura. Vi que todos los dias metia hilas y alguna otra cosa: la miraculada dice por su parte: Quedó un gran hueco, y el cirujano metia en el hilas, que no sé si eran secas ó untadas con algun unguento. Zannoni se marchó y quedé en las manos de Juan. Este venia todos los dias á curarme, y continuaba poniendo hilas en la llaga, no sé si con alguna otra cosa.*

7. Este tratamiento duró dos meses, segun estos dos testigos, certificando estos dos contestes que no sólo la enferma no experimentó con él alivio alguno, sino que su mal se agravó. No podia, en efecto, producirse otra cosa que la agravacion, puesto que las partes cortadas no se unian, antes bien ensanchaban su orificio. El pus formado en el fondo de la llaga la profundizaba cada vez más, y en breve los contornos endurecieron y formaron una fistula de cuello calloso: *El ancho y profundo agujero, dice la enferma, se estrechó poco á poco, y formóse en el exterior un anillo redondo ó cordon duro y calloso, en cuyo centro habia una abertura pequeña por la que salia pus y sangre; y Teresa añade: este agujero que primero era ancho, se angostó poco á poco; y en el exterior tenia labios gruesos y duros en forma de anillo.*

8. Esta descripción designa claramente una verdadera fistula, pues, segun Celso, *la fistula es el nombre de una viciara estrecha.* El Dr. Sauvage dice: *La fistula se reconoce en una abertura pequeña de la piel que se continua interiormente y por un conducto más extenso, terminado por un orificio calloso.* La llaga de Teresa era alta, seguida de un espacio cavernoso

en el interior: esta llaga, que los testigos llaman *una boca grande, una huesa grande*, no se habia cerrado; conservaba su altura y profundidad interior, y sólo su boca se contrajo. Era estrecha, formando exteriormente una *boca pequeña*. Era callosa, pues por fuera formaba un *anillo redondo, como un cordon duro. Sus labios gruesos y duros tenian la forma de un anillo.* El cirujano Sormani *vió todo esto, y como tales fistulas son de curacion difícil, á causa de la callosidad, que cuando no se la puede quitar son incurables,* trató de destruirla con los causticos. «El cirujano Juan, dice la paciente, no sé por qué me tocaba con la piedra infernal, pero completamente en vano, pues pasaron dos meses sin que dejara de experimentar agudísimos dolores: en vez de curar, sufría cada vez más.»

9. Luego, la fistula era ya perfecta desde este instante, á mitad del mes de agosto de 1780, cuando Teresa vino con la familia Natinguerra, á Montegranaro. Y en efecto, todos los que vieron entonces á la enferma describen la fistula con rasgos tan precisos que no hay lugar á la menor duda. Así el sacerdote Rocchia, que moraba en la misma casa que la familia Natinguerra, declara: *Teresa Tartuoli fué conducida aqui en 1780. Vi que tenia este mal en medio del cuello, y que en el exterior presentaba un anillo grueso y duro, del diametro poco más ó menos de un medio-bayoco ó quattrino, 25 milímetros próximamente, muy duro, como lo experimenté por el tacto, y en el centro habia un agujero pequeño por el que salia una materia podrida.* José Natinguerra declara así: *La fiesta principal del patron de Civita Nova, San Maron, era el 18 de agosto, y fui allí con mi esposa, ahora difunta. Durante nuestra permanencia vino á encontrarnos la madre de Teresa y nos suplicó que la admitiésemos con nosotros, lo que fué causa de que nos acompañase al regresar á Montegranaro. Cuando la vi por la vez primera estaba formada la fistula en medio del cuello, con un circulo calloso de color blanco, y en el centro un orificio pequeño del que manaba una materia liquida del color y la fluidez del pus. Laurencia Ferrini, doméstica de Bernardina Natinguerra, refiere que su señora fué á pasar cuatro dias en Civita Nova, y que volvió con la jóven, añadiendo: «Vi su mal, que estaba en medio del cuello bajo la barba: por fuera era como una raíz redonda, y en el centro habia una boca que incesantemente manaba pus.» No es, pues, de extrañar que el cirujano Antonacci, á quien se confió esta enferma, despues de cercionarse de estos hechos,*

dijera que eso era una fístula, y que hayan declarado lo mismo los profesores de medicina y cirugía.

10. Así, el Dr. Antonacci, persuadido de que todas las tentativas quedarían inútiles si no se aniquilase la parte callosa, empezó por emplear los cáusticos más enérgicos. *En este orificio, dice la hermana de Teresa, metieron la piedra infernal y otros remedios muy poderosos; y tanto era lo que sufría mi infeliz hermana que daba fuertes gritos.* La miraculada dice por su parte: *Me aplicaban ciertos remedios muy violentos que me causaban vivísimos dolores como la piedra infernal, el fuego muerto y el precipitado. Y Natinguerra: Fue confiado á Antonacci, quien emprendió la curacion. Empleó poderosos cáusticos con objeto de destruir la callosidad, pero en vano, pues todos estos remedios, cualesquiera que fuesen, no procuraban á la enferma otra cosa que tormento y dolor. Todos eran ineficaces é inútiles. Por esto el cirujano creyó que debía probar los medios extremos, y lo que no podía dar el fuego lo pidió al hierro. El cirujano, continua Natinguerra, viendo la inutilidad de sus medicamentos, decidió hacer la operacion del hierro. Y la curada: El Sr. Antonacci decía que había de hacerse la seccion, como efectivamente la llevó á cabo: salió sangre, y experimenté extraordinario dolor: despues continué cuidándome: introdujo primero la sonda, practicó la sutura, y cubrió el sitio con hilas empapadas en precipitado, potasa cáustica, etc. El testigo diez y siete dice además: Antonacci le cortó esa raíz (esto es, la parte callosa), y lo sé porque la sostenia fuertemente durante la operacion: tomó una aguja larga y curva, y con este instrumento cogió la raíz, la sacó fuera y la cortó con el hilo y el hierro: la pobrecita gritaba de dolor.»*

11. Mas todo esto fué inútil, como manifiesta el testigo catorce: *El médico Antonacci no consiguió curarla; el borde calloso y el anillo en forma de cordón, aunque cortado por Antonacci, formóse de nuevo como lo vi con mis propios ojos; y Natinguerra: «Este remedio dolorosísimo fué tambien inútil, porque no logró cortar la callosidad, ó si lo consiguió, no fué cortada por completo, ó bien se formó de nuevo completamente como antes.»* Y la curada: «Despues que el Sr. Antonacci me hizo una segunda operacion, el mal fué constantemente de mal en peor. Empleaba el precipitado y el fuego muerto.

12. Durante dos meses la paciente fué sometida á esas torturas de la cirugía; y despues de este tiempo, dice la

curada, Antonacci partió: fué por el mes de noviembre, pues la cura había empezado á fines de agosto. Despues de la partida de Antonacci parece que no se recurrió á ningun cirujano hasta la llegada de Cremonini, es decir, hasta marzo de 1782: quizá fué visitada entre tanto por algun cirujano de los pueblos vecinos, ó por un médico que llenase las funciones de cirujano. Sea como fuere, lo cierto es que la enferma, fatigada de haber soportado inútilmente tan prolongados é inútiles sufrimientos, rechazó toda medicacion, conforme el testimonio del Rdo. Rocchia, que vivía en la misma casa. «No podré afirmar, ó mejor no recuerdo los medicamentos que empleó Antonacci, ni cuánto tiempo duró su tratamiento. Sólo note tres circunstancias... La segunda es que la enferma estaba cansada de sufrir los fuertes dolores que le ocasionaban la mano del cirujano y los cáusticos, y eso sin procurarle el menor alivio. Así, rehusó toda especie de cuidados.» Lo que concuerda exactamente con lo que refiere el cirujano.

13. Demos cuenta ahora del estado de nuestra enferma despues que, privada de todo remedio, fué abandonada por el cirujano Antonacci. ¿Quedó la fístula en el mismo estado? No cabe vacilacion acerca este punto si se recuerdan todos los caracteres patognomónicos ya enumerados, á saber: la callosidad, el orificio pequeño exterior, la profundidad, la cualidad del pus que mana de la fístula, y luego los efectos y dolores causados por ese mismo pus encerrado en los canales ó senos de la fístula. Hemos visto que Celso da el nombre de fístula á una úlcera callosa, é Hipócrates dice: «Hay una masa carnosa en su orificio.» Ya la hermana de la enferma, hablando del tiempo que siguió á la operacion, declara: «Esto no sirvió de nada: en el exterior había un orificio con un anillo ó cordón duro, y la abertura tenia el diámetro de medio bayoco, 25 milímetros.» El testigo catorce: «Esta materia callosa, en forma de anillo ó cordón, aunque cortada, se formó de nuevo, como la vi, y continuó del mismo modo.» Y el testigo diez y seis: *La callosidad (despues de la incision) se reformó súbitamente para volver á su primer estado.* El testigo diez y nueve: *En el exterior se veian como labios y como un botón redondo.*

14. Hemos visto tambien que la fístula era una úlcera estrecha, y Emuller dice con justicia (*Prax. lib. VI, Chir. med. sec. III, c. 3*): «Acompaña á estas fístulas el vicio de que su orificio es muy angosto.» Pues bien, la herida de

Teresa, despues de la operacion del cirujano Antonacci, la describen todos con aquel carácter. La hermana de la paciente dice: *El centro del orificio era estrecho, muy estrecho; y el sacerdote Rocchia: «En cuanto á los síntomas del mal son los descritos más arriba, esto es, que la abertura es angostísima. Y el testigo diez y nueve: En el medio existe un agujero muy pequeño.*

15. La fistula además debe rechazar afuera un pus ceroso ó materia purulenta. Hoffmann (*Disert. de fist. max.* § 4.) dice: «La fistula es una úlcera sinuosa, estrecha, callosa, destilando sin cesar una materia purulenta;» ahora bien, la fistula de Teresa manaba sin intermision ese pus, de suerte que, para no manchar los lienzos, se adaptaban al orificio trapitos de lino ó seda. Así el testigo diez y nueve dice: *El pus que manaba de esta abertura era fluido, y corría siempre ó casi siempre. En ciertos momentos Teresa sostenía sobre el mal un lienzo para que no la manchasen las materias que se desprendian; y sucedia á menudo que durante la comida, cuando no tenía el lienzo en la mano, salía el pus y nos causaba inapetencia.* Y el testigo diez y ocho: *Sostenía en el sitio del mal un lienzo que apartaba de vez en cuando para quitar lo que salía, pues manaba incesantemente un líquido purulento.* Y Nalinguerra: *De esta abertura salían materias líquidas que tenían la calidad y el color de pus ó materia cocida: no quería que se le acercase ningún cirujano, porque estaba ya harlo atormentada. A intervalos aplicaba un trapito para impedir que las materias le manchasen el pañuelo del cuello.* Y la misma enferma añade: *Estas materias salían del mal con suma frecuencia, y casi puedo decir que era todo el día.* La hermana de la paciente dice por su parte: «Las materias pútridas manaban constantemente.»

16. Pero, además de la destilacion de la sánies, hay que tener en cuenta los síntomas que procedian al derrame, pues daban la certeza de que la llaga de Teresa era profunda y sinuosa, lo que es otro carácter patognomónico de la fistula. Como este carácter sinuoso no cae directamente bajo el dominio de los sentidos, los testigos no pueden dar su descripción. Manget dice (*Biblioth. med. vox Fistula*): «La fistula es un seno, etc., al que no pueden aplicarse facilmente los remedios: el orificio, en efecto, es muy estrecho, el fondo ancho y callosa, además es un receptáculo de abundante pus, en el que se acumulan materias virulentas. Su derrame es continuo.» Si demos-

tramos, pues, que la úlcera de Teresa era realmente un receptáculo considerable de pus, quedará patente que esta úlcera era profunda y sinuosa. Escuchemos á los testigos: Teresa refiere que empezó á experimentar esta incomodidad antes de ir á Montegranaro. — *No sentía otra cosa,* dice, *que dolores agudos y profundos, y en vez de curar salían de este agujero materias purulentas; cuando habian salido experimentaba algun alivio, pero poco á poco estas materias se acumulaban de nuevo y el dolor aumentaba en proporcion.* Antonacci, hablando de los síntomas que siguieron á su tratamiento, dice: *El dolor era continuo, mas sobrevenia un ligero alivio, y áun puedo decir que el dolor cesaba cuando vaciábase la cavidad por los derrames del orificio; pero los dolores volvian al momento que empezaba la formación de un nuevo volumen de materias.* Y la curada: «Estas materias, cuando se formaban y permanecian en el interior, no sólo me causaban un dolor agudo, sino que además me hacian sentir sumo embarazo en la garganta cuando comia: así es que comia cuando estas materias acababan de salir, pues desde el momento en que habian salido no experimentaba esta grande dificultad.»

17. En esta deposicion nótese dos cosas: los dolores lancinantes, agudos, picantes, que revelan la presencia de la sánies virulenta, y el dolor en la garganta cuando pasaba la comida, dolor que cesaba cuando comia despues de haber salido la sánies. Esto indica con toda claridad que tales materias corrompidas eran bastante copiosas para estrechar el esófago y poner obstáculo á la deglucion, lo que no hubiera tenido lugar si la llaga no hubiese sido cavernosa y bastante profunda para recibir este pus abundante. Esas incomodidades que sufría la enferma, los demás podian deducirlas, ya de las señales irrecusables de dolor, ya de la inspeccion de las partes que se enrojecian y entumescian cuando la sánies al aumentarse se acumulaba en la llaga, y que recobraba su aspecto normal con el derrame del pus. Esto es lo que nos dice el Rdo. Rocchia: *Cuando volvian á formarse las materias nuevas, veíase como se hinchaba el diámetro de la callosidad exterior, y esta parte hinchada se enrojecia: entonces la enferma no sólo se lamentaba del dolor, sino que además no podía pasar el alimento, haciéndose muy difícil la deglucion: finalmente caía una costra; las materias empezaban á salir, se encontraba aliviada, la hinchazon se desvanecia y las partes tomaban el aspecto ordinario.* El mismo testigo aña-

de: «En el curso de la enfermedad había momentos en que Teresa tenía colores sanos, y otras veces estaba pálida y abatida; estos estados se sucedían según las vicisitudes de la enfermedad. Véase el motivo: Cuando la materia contenida en la fistula se había procurado una salida, recobrabra su aspecto natural, y adquiría de nuevo su acostumbrada viveza; pero cuando se engendraban las materias y se hinchaba la parte enferma, le repetían los atroces dolores que la hacían lamentarse: entonces desaparecía su natural viveza, y volvían la palidez y la extenuación.» Idénticas afirmaciones hacen el amo de Teresa y una doméstica amiga suya. Todas estas deposiciones confirman la gravedad de los dolores, la dificultad de la deglución, y testifican, por consiguiente, la calidad de las materias arrojadas, y la profundidad de la llaga y sus sinuosidades.

18. Aunque hasta ahora no hayamos producido ningún testimonio de médicos que examinaran la llaga de Teresa; el origen de la enfermedad, sus progresos, sus síntomas, la naturaleza del tratamiento y su inutilidad caracterizan tan manifestamente una fistula, que no es admisible la menor duda. Tenemos conocimiento suficiente de la causa en la profundidad de la llaga (agujero, fosa) sobrevénida á consecuencia de la extirpación del tumor, sobrevenida si no habiendo sido quizá suficientemente vaciado, dejó que en las partes internas restos desprendidos de la sanies virulenta; y luego, considerablemente estrechada, el orificio no ha presentado más que una abertura pequeña y redonda, al mismo tiempo que la llaga se transformaba en una úlcera cavernosa. No había aún callosidad para constituir la fistula; pero habiéndose formado en breve, circunscribió el orificio. Entonces la sanies tuvo que tomar su movimiento intermitente de formación y de eyacuación, con todos sus síntomas, color rojizo de la parte afectada, tumor en la garganta que estrechaba el esófago, dolores agudos que postraban á la enferma, etc.; todo esto indicaba muy bien una fistula, y una fistula con todos sus caracteres, llaga profunda, con orificio estrecho, cavernoso, dejando salir con intermitencia materias icórosas y fétidas. En confirmación de todas estas señales, añadamos la inutilidad del tratamiento más poderoso. El Dr. Sormani primero y después Antonacci emplearon los más violentos cáusticos para destruir la callosidad, como prescriben los tratados de medicina. Pero todo, y aun más

tarde el empleo del hierro, fué inútil, como era de esperar. Nada logró reunir las carnes, tanto porque el cuello difícilmente se destruye, como porque derramándose sin cesar de las paredes interiores el pus virulento, en razon de la profundidad de la úlcera y de la angostura del orificio que se oponía á su inmediata salida, impedía que se reuniesen las partes separadas.

19. Podríamos considerar ya como demostradas la existencia, la calidad y la gravedad de la dolencia. Mas el cirujano Cremonini la probó con mayor evidencia aún, logrando sondear la llaga á fondo á principios del año 1782. Examinó su parte exterior, la profundidad, los contornos interiores variados, é introduciendo en ella una sonda, pudo dar la descripción de la fistula, y lo hizo con tanta exactitud y fidelidad que no puede ser más perfecta. Según Manget (*Biblioth. med. verb. Fistula*, § 4): *Las fistulas se reconocen principalmente por la sonda que se introduce en el fondo de la llaga, á fin de descubrir los espacios y direcciones inadidas, y á qué profundidad penetra.*

20. Recordemos las palabras de la miraculada hablando de este exámen: *El Sr. Cremonini introdujo el hierro en la cavidad; hasta donde penetró no lo sé, pues no podía verlo; pero sentí el dolor.* Veamos ahora lo que sobre esto dice el mismo Cremonini: «Observé la llaga por el exterior, y vi una estrecha perforación rodeada de labios duros y de callosidades formando un círculo. Tomé la sonda ó estilete y lo introduje en la cavidad, donde penetró perpendicularmente en la longitud próximamente de media pulgada, entre los dos músculos depresores de la mandíbula inferior, el músculo plano mióide y el biverter ó digástrico. Viendo esto, y siendo la abertura perpendicular, hubiera debido no detener la sanies, sino hacerla refluir afuera; y considerando que esto no sucedía siempre, que la acumulación de pus causaba á la enferma graves dolores y le dificultaba el habla, supuse que podía existir otro foco del mal dirigido horizontalmente hácia la tráquea y en el cual se acumulaba el pus. No me equivoqué en mi juicio; pues sirviéndome de la sonda, vi que penetraba hasta los dos anillos cartilagosos de la tráquea, entre los músculos esterno-tiroide y esterno-yoide. Como dije antes, este canal tenía media pulgada de longitud; en el fondo se encontraba una callosidad pequeña del tamaño de un guisante que estaba adherida á un núcleo pequeño que reconocí no sólo con la sonda, sino que hasta palpé con los dedos.

Estos dos senos terminaban en un mismo orificio externo muy angosto, y presentaban, según he manifestado, en el interior una capacidad más ancha. Habida consideración á todas estas señales, á la duración del mal y á los efectos producidos, creí que la afección era una úlcera fistulosa, sinuosa, callosa y tendiendo á la cancerosa. Lo que me indujo á establecer este juicio, eran especialmente las materias saniosas, de un color amarillo y verdoso, y el olor fétido que exhalaban. Por las mismas razones me inclinaba á creer que el mal había podido alcanzar uno ú otro de los dos anillos de la tráquea. Mas no pude adquirir la certeza de esta presunción, pues la enferma se negó á nuevas experiencias con la sonda.»

21. Esta descripción de la úlcera no es otra cosa que una perfecta y muy clara confirmación de todo lo que nos han revelado los testigos de los caracteres patognomónicos de la fistula de María Teresa y de la naturaleza de sus supuraciones. En este estado de cosas el cirujano sólo podía intentar una operación, y era volver la úlcera callosa, estrecha y profunda al estado de llaga simple y ordinaria, lo que no podía hacer sino empleando los cáusticos para destruir primero la callosidad. «Por esto, prosigue, persuadido de que era preciso exterminar el principio del mal en su principal asiento, y aplicar un poderoso cáustico compuesto de algunos polvos escaróticos, con objeto de dilatar el orificio y destruir la callosidad, así lo hice; pero impaciente por el dolor que ocasionaba este tratamiento, la enferma arrancó el cáustico y no quiso volver á usar de otro remedio. Sin embargo, logré persuadirla á que aceptase otra vez los cáusticos. Lo hice, pero con el mismo mal éxito, y protestó contra toda nueva tentativa y declaró que no quería volviere yo á curarla.»

22. «Estas cosas sucedieron, como dice el cirujano, á mediados de agosto de 1782, esto es, nueve meses antes de la curación milagrosa, y después ya no le prescribí cosa alguna.» Esto lo confirma el sacerdote Recchia: «En agosto emprendió la curación de esta enferma: sé que le aplicó algun cáustico, pero la jóven impacientada rehusó soportarlo más largo tiempo, y tanto como puedo recordar, el Sr. Cremonini no hizo nada más.» La misma Teresa afirma que durante mucho tiempo no consintió que se le acercase ningun médico. «En el año de mi curación no acepté ningun remedio.»

23. Ahora bien, desde agosto de 1782 la enferma quedó en el estado que acaba de describirnos el cirujano; si despues de dicho mes hasta el día de su curación en mayo del año siguiente no usó remedio alguno, todos los que saben que la fistula es difícil de curar, aun empleando remedios poderosos, no podemos dudar que esta enfermedad quedó sin mejoría durante nueve meses, tratándose de una fistula inveterada que atacaba una arteria principal y tendia á ser de naturaleza cancerosa, como lo mostraba la cualidad particular de la sanies: desde entonces la enfermedad era, de consiguiente, incurable. «Cremonini había dicho claramente que mi mal no tenia remedio.» El mismo cirujano lo declara. «El mal era incurable, pues me era imposible encontrar un remedio radical, y juzgué que de ningun modo se le podría curar: lo que confirma el Rdo. Recchia, que atribuye á Cremonini el haber dicho que desde entonces la enfermedad era absolutamente incurable. Por esto á fin de evitar todo cansancio á los venerables Padres consultores, nos abstenámos de citar otras declaraciones de los testigos acerca este punto, pues necesariamente habia de llegar lo que el cirujano había previsto. «Cada día, dice, la veia sufrir, si no sin discontinuación, por lo menos con intermitencias medidas por el tiempo que tardaba en formarse el pus, y durante esta formación se agitaba con violencia, se revolvia y lamentábase continuamente, lo que duró hasta 1783, durante los meses que siguen á Pascua.»

24. Conviene, sin embargo, recordar los relatos de los testigos acerca el estado de la enfermedad en los días que precedieron inmediatamente á la curación, para hacer espléndida la acción del milagro (1).

El cirujano refiere: *Tres días antes del milagro de la curación recuerdo muy bien que la vi presa de congojas. Por poco que toqué la llaga pude convencerme de que estaba muy hinchada, lo que sucedia cada vez que el pus estaba acumulado para salir. Habia además un circulo en el orificio, como un anillo calloso: el pañuelo con que Teresa se enjugaba la llaga me ha demostrado que las materias saniosas de ningun modo habian mejorado en su calidad, antes bien eran de naturaleza peor todavia de lo que habia observado otras veces. Por esto entré en casa de la Sra. Bernardina (el ama de Teresa), y recuerdo que le dije: Esta jóven no quiso creerme, y mi pronóstico se verificó: la enfermedad es incurable como lo*

(1) Para las relaciones precedentes véase el sumario.

son las úlceras fistulosas y cancerosas. Y más abajo: *Tres días á lo más antes de la curacion vi en su pañuelo esas materias saniosas, amarillas, verdosas y fetidas, como eran antes, y quizá de peor carácter. Además de esto, por poco que la tocáse vi el mal en forma de anillo calloso, con hinchazon, indicio de la produccion y de la acumulacion del pus en el seno fistuloso: creo poder afirmar que el mal habia perseverado en su gravedad y su terrible carácter hasta los instantes más próximos á la curacion.*

25. Otros han declarado tambien acerca del estado de la enferma en los momentos próximos al milagro. Así habla el Rdo. Recchia: *Es cierto que los días precedentes al milagro, y especialmente la tarde que precedió á la noche al fin de la cual se abrió el prodigio, la infeliz jóven se encontró en congojas y sufrimientos mucho mayores que de costumbre; la fistula persistia en el mismo estado, y además el cordon constantemente duro estaba muy entumecido é inflamado, señal de la presencia de las materias de pervero carácter que iban á escaparse.* Y Natinguerra: *En los momentos muy inmediatos al instante de la curacion encontrábase muy mal, hasta el fin de la noche en que sucedió el milagro.* La curada dice por su parte: «El dolor era continuo: cierto que experimentaba algun alivio, y áun puedo decir que despues del derrame de las materias no sufría; pero los dolores se repetian un instante despues, porque se formaban otras materias para otra evacuacion. Continué padeciendo así hasta el fin de la noche en la que sobrevino el milagro, y áun hacía esta última tarde padeci más que de ordinario: el cordon calloso era tan grueso como de costumbre.»

26. En la imagen del venerable Siervo de Dios llevada á la enferma encontramos un testimonio mucho más claro de la gravedad de la enferma, inmediatamente antes del milagro. La enferma declaró que se la aplicó al cuello la misma noche, que la buscó por la mañana al despertar, y que la encontró abierta y toda manchada de pus y de sanies. «Todo el día siguiente fué vista y examinada por numerosos visitadores.» La curada referia á todos que se habia aplicado dicha imagen en el cuello, sobre el mal, que se durmió, y que al despertar la encontró en su hombro izquierdo, llena de materias pútridas. El sacerdote Recchia hablando de la perseverancia de la fistula hasta al momento de la curacion, dice: «La prueba de que fué así, es que la imagen del venerable Benito José, que la enferma puso sobre la fistula, fué cubierta ente-

ramente de materias fétidas arrojadas por el orificio de la llaga.» Y Natinguerra: «La imagen llevaba como testimonio del prodigio la mancha que dejaron las materias purulentas salidas de la fistula, se habian vuelto secas y lucentes como talco.» El cirujano añade: «Fuéme dado ver esta imagen y advertir las manchas de la sanies que la ensució; y ¡cosa notable! por seca que fuese aquella materia, la apliqué al olfato, y conservaba todavía un olor fétido...»

27. Si queda ahora patente por gran número de caracteres patognómicos que la enfermedad de Teresa era verdaderamente una úlcera fistulosa, sinuosa, inveterada y callosa; si todos los sintomas reunidos hacian de ella una enfermedad sumamente difícil y áun imposible de curar en el caso especial, á causa de las partes nobles amenazadas por la vecindad de semejante centro de destruccion, y á causa tambien de su profundidad que no permitia la aplicacion en el interior de cáusticos enérgicos; si esta úlcera ya incurable por su naturaleza fué abandonada á sí misma por el horror con que miraba la enferma los remedios heróicos; si por último la naturaleza de la enfermedad, la hinchazon de la parte enferma, el color rojizo, la callosidad, los dolores y la virulencia de las materias que salian del orificio, perseveraron hasta el momento de la curacion, ha de concedérsenos que la existencia, la naturaleza y la gravedad de la dolencia, objeto ó sujeto del milagro, están plenamente demostradas.

ARTÍCULO SEGUNDO.

El medio del milagro ó la invocacion.

28. Aunque Teresa, convencida de la inutilidad de los medios humanos durante su prolongada y terrible dolencia, hubiese implorado con frecuencia el auxilio de Dios y de los Santos, no habia recibido alivio alguno. «En el curso de mi larga enfermedad, dice, me encomendé á todos los Santos del paraíso, y constantemente el mal siguió su curso.» Mas cuando aquel llegó á su último término de gravedad y la enferma estuvo á punto de sucumbir, murió en Roma Benito José Labre, cuyo renombre de santidad se esparció rápidamente, con sus imágenes, hasta las extremidades de Europa. Una de estas imágenes

la llevó á Teresa su amo el Sr. José Capitano. Esta la recibió con viva gratitud, y derramaba abundantes y dulces lágrimas al fijar la vista en la imagen de Benito José: advertíase que había puesto en él toda su confianza. La imagen del pobre mendigo, muerto en olor de santidad, llegó á excitar esa confianza que acostumbra preceder á las curaciones milagrosas. «Desde entonces me encomendé sólo á él, y en él puse toda mi confianza. Tomé la Imágen y la puse en el sitio del mal... encomendéme á este Servidor de Dios, suplicándole me alcanzase la curación...»

29. El día siguiente anunció á todos que ponía su confianza en Benito José, y proclamó altamente que había implorado el socorro del venerable Siervo de Dios. Su cirujano declara: «Me decía que se había encomendado al Siervo de Dios, y que había aplicado su Imágen sobre el mal.» Tenemos en seguida el Rdo. Recchia y el amo de Teresa, que afirman los hechos en los mismos términos. Su cirujano añade que despues, sea que estuviere sentada, que trabajase ó que hiciese cualquiera otra cosa, la jóven tenia ante sí dicha Imágen: durante muchos días el recuerdo del Santo le conmovia de tal suerte el corazón y su consuelo era tan grande que se deshacia en lágrimas. Desde la llegada de esta Imágen no habló de ningún otro santo, á él invocó y á él atribuye su curacion, tributándole prolongadas y vivas acciones de gracias.

ARTÍCULO TERCERO.

El último término del milagro, ó la curacion instantánea, perfecta y permanente.

30. La curacion instantánea y perfecta nos la prueba el plácido sueño que siguió á la aplicacion de la Imágen en la llaga, causa antes de tan crueles dolores. *Con esta Imágen me acosté y dormí, dice la miraculada. Dormí plácidamente toda la noche, cosa que hacía mucho tiempo me era desconocida, pues las otras noches me despertaba á menudo la violencia del dolor. Apenas la Imágen tocó la llaga se dissiparon los dolores, lo que no podía tener lugar naturalmente, pues la parte enferma estaba entumecida é inflamada, como sucedia siempre que la sanies acumulada estaba pronta á salir.* Añadamos que aquella tarde había sido

más atormentada por el sufrimiento que los otros días, y puesto que el dolor es la señal de la dolencia, hay que concluir que el mal había desaparecido.

31. Que la enfermedad desapareció completamente puede juzgarse por las palabras de Teresa al despertar del maravilloso sueño. *Cuando desperté por la mañana, dice, ya no sentí dolor en el cuello, apliqué á él la mano para darme cuenta de su estado actual, y ya no encontré el cordon; el cuello estaba suave, la abertura cerrada y todo curado. No pudiendo ver la parte curada, quise mirarme en el espejo, y observé que todo el mal había desaparecido, se había vuelto á formar la piel cubriendo la llaga, y no quedaba más que una raíz pequeña para indicar el lugar. Y más adelante: «Cuando apliqué la Imágen estaba sumamente dolorida por las materias corrompidas que iban á salir como de costumbre al exterior; sentía el cordon duro ó anillo: en esto me dormí; despertéme por la mañana... y ya no sentí más dolor. Apliquéme la mano al cuello, y encontré el agujero tapado; el cordon circular había desaparecido; la carne estaba blanda, y pude tocarla, pellizcarla y doblarla sin encontrar nada duro... Me miré al espejo, y vi que el sitio donde había sentido el mal estaba perfectamente sano, como ahora, y que únicamente, como aún hoy, una señal pequeña de carne blanca, como una raicilla, ocupaba el lugar de la fistula.»*

32. No de otro modo habla el cirujano, que la vió inmediatamente despues de su curacion: «Vi á Teresa, y me dijo gozosa que había curado milagrosamente aquella misma noche. Mostróme la parte donde tuvo el mal, y con el mayor asombro la vi perfectamente cicatrizada, la callosidad destruida, desaparecido el dolor, y la carne blanda como la demás. Una sola cicatriz perfecta y pequeña, con tegumentos exteriores, indicaban el lugar donde hubo el mal. Confieso que fué tal mi sorpresa que apenas pude contener las lágrimas, y todo el día quedé como suspenso. Y en otra parte: *La vi aquella mañana y me cercioré de la destruccion de la callosidad exterior é interior, que se había formado de nuevo la carne, no impidiendo una pequeña cicatriz que aquella estuviere unida. Toqué el punto en que hubo el mal, lo palpé, y todo había vuelto á su natural blandura, sin que encontrase ningún déficit en la carne. Para corroborar este testimonio podríamos producir los del Rdo. Recchia, del amo de Teresa, de la hermana de ésta y otros, que pueden leerse en el sumario, de donde hemos tomado los que aca-*

bamos de citar. Pero la curada y su cirujano han descrito tan bien las experiencias que hicieron, así con la vista como con las manos, para atestiguar la perfecta curación, que consideramos como superfluo insistir más.

33. Esta curación no sólo fué perfecta y súbita, sino que además permaneció constante. La miraculada decía mucho tiempo despues: *Desde entonces me he encontrado siempre buena, sin sufrir incomodidad alguna, gozando constantemente de perfecta salud; y su cirujano añade: Teresa vivió aún en Montegranaro por espacio de tres años hasta que se casó... disfrutando sin intermision de perfecta salud, sin padecer ninguna incomodidad relativa ó no al mal precedente.* El Rdo. Recchia declara por su parte: «Esta curación perseveró, sin que Teresa haya experimentado despues dolores de ninguna clase.» El amo de Teresa, su hermana, todos confirman estos testimonios. Nos bastará dar cuenta del juicio de dos cirujanos á quienes, once años despues de la curación, los jueces apostólicos de la Congregación dieron encargo de examinar á la curada con motivo del proceso jurídico. Uno de ellos dijo: «Teresa Tartufoli, curada muchos años há, tiene el cuello en perfecto estado de integridad, pero conserva en una ligera cicatriz el recuerdo de su enfermedad;» y el segundo: «He averiguado que gozaba de perfecta salud; su sólo aspecto revela excelente salud y buen temperamento, lo que es para mi una prueba de su perfecta curación.»

34. Ahora, pues, que hemos bien establecido la gravedad del mal, la invocación del servo de Dios Benito José, la curación instantánea, constante y perfecta del mal, quedaria aún por establecer que la curación no fué efecto de una crisis; pero en el caso presente, ¿quién puede sospechar razonablemente una crisis produciendo la curación de una fistula inveterada? El cirujano Cremonini ha observado cuerdamente que una crisis hubiera llevado las materias saniosas á un lugar próximo ú otra parte: pudiera impedir (momentáneamente) la efusion de estas materias, pero nunca destruir, aniquilar la callosidad exterior é interior, reunir los labios de la llaga y volver las carnes al estado de salud, y reunir todos los tegumentos por una cicatriz perfecta. Para producir todos estos efectos, aún en los momentos en que la naturaleza hubiese dispuesto y preparado la operación, era absolutamente necesaria la mano del cirujano, puesto que sin los cáusticos, el hierro y el fuego, no podian destruirse las callosidades,

y era imposible volver la fistula con todos sus malos caracteres al estado de una simple herida, que era el único modo de llegar á la curación.

Debemos, pues, exclamar con la miraculada: «¿Quereis que esto no sea un milagro que Benito José obró en mi persona! Tantos cirujanos, tantos medicamentos nada produjeron y dejaron que el mal se agravase, y la imágen del Servo de Dios me curó en un momento. ¡Sólo Dios pudo hacer todo esto!»

CAPÍTULO II.

DEPOSICION DE LOS TESTIGOS.

Testigo 7.º.—*Inés Tartufoli de Civitanova, mujer de Jorge Perusini, de treinta y dos años de edad.*

Sé que Benito José obró un gran milagro en mi hermana Teresa. Se me pregunta qué es un milagro; pero yo no soy más que una pobre mujer ignorante, y no puedo explicarlo: sé únicamente que sólo Dios y los Santos hacen milagros. Respecto á esto me contentaré con referiros lo que sucedió á mi hermana.

Hacé ya muchos años, cuando era niña, tendria diez años ó un poco más, no lo recuerdo, y cuenta hoy treinta, le sobrevino bajo la barba, á la mitad del cuello, un tumor que se dijo era escrofuloso, y que le incomodaba mucho. Nuestra madre la condujo á Monte-Lupone, donde las religiosas aconsejaron se aplicase al mal cierto emplasto que arreglaron ellas mismas; más habiendo vuelto la enferma á Civitanova, el médico Ricci á quien se consultó no aprobó el remedio, y en su virtud no lo emplearon. Entre tanto el mal empeoraba: la pobrecita sufría mucho y padecía fuerte dolor. La madre la condujo á la *Santa Casa* y á Nuestra Señora del Buencorazon; como el mal aumentase siempre más y más, y parecia que iba á supurar, la niña fué conducida á Loreto para ser examinada

por el cirujano Zannoni: éste no quiso operarla porque no se había aún desprendido lo que había en el tumor; mas habiendo venido algún tiempo despues á Civitanova, hizo la operacion abriendo el tumor con el hierro, y vi que salia una cosa parecida á una yema de huevo pequeña: quedó una abertura bastante grande, en la que el cirujano puso hilas y alguna otra cosa. Terminada la operacion, Zannoni se volvió, y el Sr. Juan, marido de la Sra. Bernardina, que habita ahora en Osimo, pero que entonces era cirujano en Civitanova, encargóse del cuidado de mi hermana. Cada dia vi que ponía en la llaga hilas y alguna otra cosa, pero no se qué; lo unico que sé bien, es que mi hermana iba muy mal, que guardaba cama, y que no podia beber sino con un pistero. Esto siguió así durante dos meses, sin que mejorase poco ni mucho, y la niña seguia siempre mal: entonces resolvióse conducirla á Montegranaro, donde por espacio de dos meses fué cuidada por el Sr. Antonacci: no sé si ahora es vivo ó muerto, pero no vive en Montegranaro. El Sr. Cremonini le reemplazó: es el cirujano que la cuidó durante más años, pero sin éxito. En la abertura de la llaga metian la piedra infernal y otros cáusticos enérgicos, y mi pobrecita hermana gritaba mucho á causa del dolor que eso le causaba: al rededor de la llaga se habia formado como un anillo ó cordón duro, del tamaño de una pieza de moneda entre el *cuatrino* y el medio *bayoco*: el agujero era muy estrecho en el centro, y de él manaban continuamente humores con sangre: no recuerdo si esta abertura se cerró alguna vez; pero en tal caso, estoy segura que se abría poco despues. Mi hermana continuó siendo cuidada durante muchos años; vivia entonces en casa del Sr. Natinguerra, en la que pasó nueve años entre enferma y curada; mi madre y yo morábamos en Civitanova; con frecuencia veníamos á verla, y la pobrecita nos decía constantemente que iba muy mal; que mirásemos el estado de dicho anillo y abertura, que no podia resistir el dolor que experimentaba, y que puesto que los remedios no la aliviaban, y el dolor aumentaba siempre ó por lo menos no disminuía, no queria tratar ya más con cirujanos. El mal era, pues, siempre el mismo cuando el buen Peregrino murió en Roma. La Sra. Bernardina, en cuya casa vivia mi hermana, dióle una imagen del Siervo de Dios, diciéndole que se encomendase á su intercesion. Hizolo Teresa: al acostarse, aplicóse la Imagen al cuello, que en aquel momento la hacia sufrir mucho.

Cuando despertó por la mañana, la Imagen no estaba ya en la llaga; encontrála en el lecho manchada de sangre y pus; no sentia dolor alguno; advirtió que no existia ya el cordón y que estaba curada, y al instante fué á decirlo á su ama. La visité tres ó cuatro dias despues, y estaba tan bien como ahora: le examiné el cuello y vi que no tenia nada, si no es una señal blanca y pequeña en la piel, que indicaba el sitio donde estuvo el mal, y puede verse la aún ahora. Siete ú ocho dias antes de su curacion, cuando la vi estaba como de costumbre: tenia el mismo agujero muy angosto, con el mismo grueso anillo, y como de costumbre, salia de él con frecuencia pus y sangre, y lo que no pudieron hacer durante tan largo tiempo tantos remedios y cirujanos, Benito José lo hizo en un instante! Hé aquí el milagro que sé y del que estoy bien informada, puesto que se trata de mi hermana.

En otra parte la misma testigo se expresa en estos términos: «No puedo decirlos exactamente cuánto tiempo duró este mal; sé que duró muchos años, y que han transcurrido otros muchos desde la curacion de mi hermana. Hace ya siete años que es casada, y curó algunos antes de su matrimonio. De lo que me acuerdo bien es de lo siguiente: al principio ese tumor, que duró tanto tiempo, engrosaba y era más rojo en el cuarto creciente de la luna, y disminuía y era más pálido en su cuarto menguante. Desde que el Sr. Zannoni le hizo operacion, la pobrecita ya no conoció el descanso. Soy una mujer ignorante, y no sé explicarme bien acerca las cosas que se me preguntan; digo, sin embargo, que despues que el Sr. Zannoni le hubo hecho la abertura profunda y ancha, quitándole con el hierro aquella cosa del tamaño de la yema de un huevo, estrechóse la llaga poco á poco, y formóse al rededor un anillo redondo, ó un cordón duro, en cuyo centro se encontraba la abertura pequeña por la que manaban el pus y la sangre. Vi que los cirujanos Antonacci y Cremonini procuraron ensanchar la abertura con sus instrumentos, y la pobrecita lloraba de dolor. Respecto á las materias que salian de la llaga, no sé explicarme mejor que hasta aquí: era pus y sangre; si manaban siempre con la misma abundancia no puedo decirlo, porque iba con frecuencia á Montegranaro, mas no vivia allí. Lo que os digo, sin embargo, es que Teresa nos afirmaba que la atormentaban mucho, pero que nada del mundo le producía alivio. Mirando el lugar donde tenia el mal, lo ví siempre en el

mismo estado, y tal estaba la última vez que lo vi, siete u ocho días antes de la curacion de Teresa.

A otra interrogacion la testigo contesta: «Antes de que abriesen el tumor, el médico Ricci, que ahora habita en Fermo, hizo aplicar un emplastro de malva, miga de pan y leche, á fin de ablandar y abrir el tumor. Consultóse á Zannoni, que vino luego á Civitanova é hizo la operacion en presencia del Sr. Juan, cirujano de Civitanova. Ricci no estaba presente, porque habia ido á establecerse en Fermo, donde vive todavía. Juan continuó curando á mi hermana durante dos meses con hilas y otra cosa que no sé qué era. Teresa fué en seguida á Montegranaro. Durante otros dos meses la cuidó el Sr. Antonacci, y despues muchos años el Sr. Cremonini. Estos señores procuraban ensanchar con instrumentos la abertura del tumor; metian tambien la piedra infernal; pero no sé si empleaban otros medicamentos. Teresa se cansó de cirujanos; no quiso más sus servicios, y cuando curó hacia ya cierto tiempo que no empleaba medicamento alguno.

Antonacci decia que aquello era una fistula, y que la raiz habia quedado dentro. No sé lo que decia Cremonini. Por mi parte digo que estos cirujanos torturaron á mi hermana, pero no consiguieron curarla.

Mi hermana fué curada instantáneamente por la intercesion del venerable siervo de Dios Benito José Labre. Cuando se acostó por la noche estaba tan mala como de costumbre, y al levantarse por la mañana se encontró curada y tan buena como ahora. Quedó cerrada la abertura, desapareció el anillo que la rodeaba, y no ha vuelto más á sentir dolor: en suma, paréceme que lo he dicho todo al afirmar que estaba perfectamente curada.

No queda ninguna reliquia del mal: la vi tres ó cuatro dias despues del milagro, la examiné atentamente, y no se advertia otra cosa que la señal que existe aún, esto es, una mancha blanca. La toqué con los dedos, y no habia dureza alguna: todo era blando y flexible como el resto del cuello. Despues mi hermana contrajo matrimonio, ha tenido hijos, y se ha encontrado siempre tan buena, que su marido nunca ha tenido que gastar un bayoco en médicos y farmacéuticos.

Por mi parte digo que la curacion de mi hermana es un milagro grande y espléndido, y paréceme que no los puede haber más brillantes. Todos los que han visto y cono-

cido á mi hermana en Montegranaro, Civitanova ó en otras partes, y que han tenido conocimiento de su curacion, dicen que esto fué un milagro grande y magnífico. Me preguntais si hay álguien que no la haya considerado como un milagro, y os respondo: ¿Quién quereis que lo niegue? ¿Acaso puede negarse la verdad? ¿Quereis encontrar milagros más visibles que éste?

Testigo 8.º *Teresa Tartufofi, esposa de Jacinto Schiochetti, de treinta años (la miraculada).*

No conocí al venerable siervo de Dios Benito José Labre, pero le oí nombrar mucho en la época de su muerte, pues entonces hablóse de él en todas partes, y distribuianse por doquiera considerable cantidad de retratos suyos: el año mismo de su muerte tuve ocasion de hablar de él con más frecuencia, porque habitando á la sazón la casa de campo del señor capitán Natinguerra, cerca de San Elpidio, como sufría yo mucho de una fistula que tenia en el cuello, dicho capitán dióme una imagen del venerable Siervo de Dios y por medio de ella fui instantánea y perfectamente curada. Este milagro obrado en mi propia persona me hizo concebir suma devocion á este Siervo de Dios; por esto hablaba de él á menudo. Deseo verle beatificado; pero no soy más que una mujer pobre, y no puedo contribuir á ello: espero, sin embargo, que el milagro estupendo que obró en mí y que os referiré cuando me preguntéis, podrá ayudar á la causa.

Sé perfectamente que obtuve un gran milagro por intercesion del venerable siervo de Dios Benito José Labre. Me pedís que os diga qué es un milagro; mas ¿qué quereis que os diga yo, pobre mujer ignorante? Lo comprendo, mas no sé explicarlo: digo que los hombres no hacen milagros, sino Dios, y que los Santos los obtienen con su intercesion: creo y estoy cierta que el venerable Benito José Labre es un santo, pues por su medio recobré la salud perdida, y que al presente me encuentro bien, mientras que antes me atormentaban incesantes dolores. Os manifestaré ahora cómo sucedió el hecho. Habitaba en Civitanova en casa de mis padres, y tendria unos trece años cuando debajo de la barba y cerca del cuello, en medio de los músculos de la mandibula inferior, me salió un tumor ó como un nudo que se hizo del tamaño de un

huevo pequeño, más grande que el de paloma y menos que el de gallina. Decíame que este tumor aumentaba con el cuarto creciente de la luna, y yo pensaba que se equivocaban, pues me parecía siempre igual; pero fuese más grueso ó más pequeño, lo que no puedo decidir porque no lo vi, ciertamente lo sentí mucho, pues me causaba extraordinario y continuo dolor que constantemente me atormentaba: sentí que los músculos se encogían, no siempre, pero con frecuencia, cuando aquel endurecía; y al comer, cuando pasaba el alimento, experimentaba un obstáculo en la garganta y sufría más vivo dolor. Este mal me vino en el tiempo en que, sin que me explique más, las mujeres cambian por lo comun de temperamento: entonces fué el principio de mis males. Viendo que el tumor no se resolvía y me atormentaba cada día más, el médico Ricci, que ejercía entonces su profesion en Civitanova, me ordenó me aplicase un emplastro de maiz, miga de pan y leche; el mal olor me incomodaba, pero el deseo de curar me hizo continuar el tratamiento; sin embargo, el tumor continuaba duro, y no parecía que hubiese de resolverse. Mi madre me acompañó entonces á la casa de las Religiosas de Montelupone, y una de ellas me dijo que mi mal era una escrófula de mujer que me roería por completo, y nos dió un unguento para poner encima; lo tomámos, pero no lo hicimos servir. De regreso á Civitanova dimos cuenta al médico del consejo que nos habian dado las Religiosas de Montelupone, y le mostrámos el emplastro. El médico no lo aprobó, dijo que para nada serviría, y ordenó continuar el anterior remedio: entre tanto el mal no mejoraba ni empeoraba. Habíamos tenido en Civitanova un buen cirujano que fué á establecerse en Loreto; era el Sr. Cayetano Zannoni: nos inspiraba confianza, y mi madre quiso que le consultásemos. Me examinó, y dijo que era preciso proceder á la extirpacion, pero que no podia practicarla en seguida porque el núcleo era sobrado adherente. Nos marchámos, y como habian descubierto una imagen de la bienaventurada Virgen del Buencorazon, entre el monte San Pedro de los Angeles y la torre de San Patricio, en la diócesis de Fermo, mi madre y yo fuimos á visitarla; y al volver, al llegar á un rio que se encuentra en el camino sentí como un choque que desataba el núcleo, y algunos dias despues volvimos á Loreto á ver al Sr. Zannoni, quien nos dijo que ya podia hacerse la operacion. Mi madre no qui-

so sin embargo dejarme en Loreto, y pidió al cirujano que se sirviese venir á Civitanova, y efectivamente vino algunos dias despues. Apenas llegado, puso manos á la obra, en presencia del cirujano de Civitanova (era el Sr. Juan de Gubbio, quien ya no vive allí): creo que tambien estaba el médico: me pusieron una servilleta sobre el pecho; el Sr. Zannoni con sus instrumentos abrió el tumor; salió el núcleo y cayó sobre la servilleta; pero no lo vi, porque el dolor que me causó me hizo perder el conocimiento. Sé que hizo la abertura en cruz, de arriba abajo y en seguida de través; sé que habia un agujero bastante grande en el que el cirujano metió hilas, pero no me consta si éstas eran secas ó embebidas de algun unguento. Despues de la operacion el Sr. Zannoni partió y quedé en manos del Sr. Juan, y cada dia venia á curarme, metiendo hilas en el hueco que hizo la operacion, pero ignoró si ponía otra cosa. Como la llaga, que al principio era bastante ancha, empezase á estrecharse, el Sr. Juan, no sé por qué, la tocó con la piedra infernal; por lo menos comprendí que se denominaba así la piedra con que la tocaba. Transcurrieron así dos meses: sufrí crueles y punzantes dolores, y en vez de curar, manaban de mi herida materias purulentas; cuando habian salido, experimentaba un ligero alivio; pero á medida que aquellas se reproducian aumentaban mis dolores. Viendo que los cuidados del Dr. Juan no me aliviaban poco ni mucho, y sabiendo que habia en Montegrano un buen cirujano llamado Antonacci, mi madre proyectó conducirme á él, y como la cura no podia ser pronta, suplicó á la Sra. Bernardina Commentati, esposa del capitán José Natinguerra, que quisiese admitirme en su casa. Consintió en ello esta señora, y permanecí en su compañía nueve años, primero enferma, y despues curada. El Sr. Antonacci empezó á cuidarme. Decia que no se habia extirpado la raíz del mal, y que era preciso hacer otra operacion: procedí á ella, perdí mucha sangre y experimenté vivísimo dolor: continuó en seguida cuidándome, poniendo primero en la llaga hilas, luego el precipitado, el fuego muerto y otros cáusticos, y como se formase en ella de vez en cuando una costra pequeña, empleé asimismo el unguento rosado para desprenderla. Pero el hecho es que no experimenté el menor alivio, y que el mal iba siempre empeorando. Al cabo de dos ó tres meses Antonacci partió de Montegrano, y le reemplazó el Sr. Cremonini, que aún

permanece allí. Este emprendió curarme sin hacerme operación: continuó medicamentándose con el fuego muerto, el precipitado y otros cáusticos que él podrá haceros conocer. Algunas veces introducia un hierro en la herida; no sabré deciros hasta qué profundidad penetraba, pues no podía verlo, pero sentía mucho el dolor que me causaba. Continué aun algunos meses cuidándome; pero, aunque no dije al principio que tenía esperanzas de curarme, supe que había dicho á otras personas que mi caso era desesperado, y que mi mal no tenía remedio.

Al saber está triste noticia, dije para mí: Si no hay remedio, ¿para qué atormentarme de la manera que lo hace? y esto se lo dije á la cara cuando vino á verme. El cirujano me contestó con algunas palabras de excusa; mas yo le repliqué que no quería más medicamentos, y que toda vez que no tenía remedio para mi estado, bastárame soportar mi mal sin ser torturada, y que no quería ver más á mi alrededor á ningún cirujano; en efecto, no me dejé curar otra vez por él. Venía á menudo á casa del capitán Natinguerra, donde yo vivía, pues tenía su habitación en el mismo palacio, pero en departamento distinto. Le veía, pues, con frecuencia, pero no le decía nada, y si me preguntaba por mi estado, contestábale que iba bien, aun cuando sufría mucho, por temor de que quisiese atormentarme de nuevo. A veces se me acercaba y examinaba el mal, pero nada decía, pues comprendía que cuidándome nada bueno conseguiría. Cuando se verificó mi curacion estábamos en el castillo de la Marina, á donde venía con frecuencia Cremonini, aunque no tanto como cuando vivíamos en Montegranaro: por tanto no puedo deciros con precisión si me examinó el cuello por última vez.

Ahora voy á referiros cómo fui curada. Encontrándome fatigada como de costumbre por los extraordinarios dolores que me atormentaban, las materias manaban constantemente de la abertura, y debajo había como un cordón grueso y duro, que, por lo menos en cuanto podía juzgar por el tacto, era del tamaño de un *cuatrino*; me refiero al cordón, pues la abertura del centro era pequeña. El dolor era continuo, si bien disminuía un poco cuando salía el tumor ó por mejor decir el pus, pero en seguida redoblaban así que las materias se formaban de nuevo. Ahora bien, el capitán trajo cierto día una imagen del venerable siervo de Dios Benito José Labre, que acababa

de morir en Roma en olor de santidad, y de quien sabía yo algo, pues no se hablaba de otra cosa. El capitán me dió esta Imagen, recomendándome pidiérase al Siervo de Dios mi curacion. Era precisamente una noche en que sufría más que de costumbre; mi mal era constantemente el mismo, y tenía ese cordón grueso y duro que os he descrito más arriba. Tomé la Imagen, encomendéme al Siervo de Dios pidiéndome me alcanzase la curacion, me apliqué la Imagen en la parte enferma, y me acosté de este modo: concilié el sueño, y descansé tranquilamente sin despertarme en toda la noche, cosa que me era desconocida hacia mucho tiempo, pues las otras noches la violencia del dolor me interrumpía el sueño á cada momento. Al despertar por la mañana, la imagen del Siervo de Dios ya no estaba donde la apliqué, sino en la cama, detrás de las espaldas; la tomé, y examinándola vi que estaba manchada de pus: como no sentía dolor alguno en la garganta, llevé á ella la mano, y no había ya cordón; la carne estaba blanda y flexible, y la abertura cerrada; en una palabra, estaba sana como lo estoy ahora. No pudiendo ver la parte cerrada, fui al espejo, me examiné bien, y vi que había desaparecido todo mi mal: se había rehecho la piel, no quedando otra señal que esta raya pequeña que aparece aún y que todos podéis ver. El mismo día mi ama, el capitán y otras personas, cuyos nombres no recuerdo, vieron el prodigio. No tengo presente si el cirujano Cremonini vino á la casa el mismo día ó en alguno de los siguientes; lo cierto es que no transcurrió mucho tiempo antes que por primera vez me viese restablecida: me dijo que estaba perfectamente curada, y que mi curacion era un milagro. Milagro la creo yo y todos cuantos vieron mi mal. He referido los hechos tal como pasaron; he procurado deciros con exactitud todas las circunstancias que los acompañaron: sólo lamento no poder yo, pobre mujer, recordar los tiempos precisos en que una cosa sucedió á otra, pero puede conlarse, y se verá cuánto tiempo duró mi enfermedad. Cuento ahora casi treinta años; tenía trece cuando enfermé, y mi mal duró hasta el tiempo en que empezaron á repartirse las imágenes del venerable siervo de Dios Benito José Labre, esto es, según me parece, poco tiempo después de su muerte. Como mi curacion no tuvo lugar en Montegranaro, sino más bien en el castillo de la Marina, cerca de San Elpidio, donde acostumbraban ir mis amos al principio de la primavera y donde vivían

bastante tiempo; me parece que mi curacion se verificó en mayo ó junio, pero probablemente en el primero de estos meses. Esto es todo lo que puedo manifestar: si no digo más y no me he expresado bien, compadeceos de mi ignorancia, pero no lo atribuyais á mi voluntad, pues he querido decir la verdad en todo, y Dios me libre de mentira.

En otra parte la miraculada se expresa así: «En mi anterior respuesta os he dicho todo lo que podía. Antes que tuviese en la garganta ese tumor ó núcleo gocé siempre de excelente salud. El mal me vino á la edad de trece años; en cuyo tiempo, como os dije ya, cambié de complexion; me comprendeis bien: el tumor y el núcleo me causaban mayor incomodidad cuando llegaban mis épocas, pues entonces los músculos del cuello se anudaban más: esta contraccion me hacia tragar con dificultad, causándome sumo malestar. Aunque en aquellos tiempos el mal fuese menos doloroso, me fatigaba mucho: así transcurrieron muchos años, pero mi memoria no me permite precisarlos: el médico Ricci me ordenó el emplasto de que hablé para que supurase el tumor, pero de nada sirvió. Fué preciso ponerme en manos del cirujano, y cuando el núcleo fué desprendido, el Sr. Zannoni lo extrajo con sus instrumentos: desde este día hasta la curacion pasaron muchos años: puede sacarse la cuenta; pues en Civitanova recibí durante dos meses los cuidados del Sr. Juan; despues vine á Montegranaro, donde permaneci nueve años, los seis primeros enferma, y los otros tres curada. Despues de la curacion la llaga se estrechó, pero no se cerró nunca, y siempre salia de ella alguna cosa: á veces era pus solo, y otras mezclado con sangre: el pus era como hilos. Habia un anillo redondo y duro, y en el centro la abertura pequena de la que salia el pus gota á gota. Lo sentia, pero no lo veia. El dolor era continuo; experimentaba algun alivio, y hasta podria decir que casi cesaba el dolor cuando eran expulsadas las materias purulentas; mas el dolor repeláse luego, porque el pus se formaba de nuevo, y siguió hasta la noche en que se realizó el milagro: la tarde misma que precedió padeci más que de costumbre. Este dolor me picaba (con semejante expresion quiere decir que el dolor era agudo y punzante), y no puedo deciros otra cosa. Mi mal era extraordinario cuando fui á Montegranaro; mas desde que el Sr. Antonacci me hizo una nueva operacion diciendo que la primera no habia sido bien hecha y que las raices del mal

habian quedado en la llaga (por lo menos lo comprendi así: daba á eso un nombre que no recuerdo, pareceme, no obstante, que lo llamaba folliculo), he ido siempre de mal en peor.

«En Civitanova el Dr. Ricci no hizo otra cosa que ordenar el emplasto, para ablandar y promover la supuracion del tumor. La operacion de la extirpacion la hizo el cirujano Zannoni, de Loreto, en presencia del Sr. Juan, entonces cirujano de Civitanova, y si no me engaño, en presencia tambien del médico Ricci; pero Zannoni, despues de la operacion y de curar la llaga con hilas, se volvió á Loreto, y el Sr. Juan continuó visitándome y cuidándome.»

CAPÍTULO III.

DISCUSION DEL MILAGRO.

§ 1.—*Primeras observaciones criticas del promotor de la fe.*

1. A fin de conocer mejor la naturaleza de la enfermedad, dirémos sus principios, los progresos y generalmente los males á que dió lugar. Hé aquí desde luego el testimonio de la misma Teresa: «Tendria unos trece años cuando me salió bajo la barba, cerca de la garganta y en medio de los músculos depresores de la quijada inferior, un tumor semejante á un núcleo, del tamaño de un huevo pequeño de gallina, ó un poco más grande que un huevo de paloma; causábame un dolor vivo y continuo, que me torturaba sin cesar: cuando comia, al tragar sentia un embarazo en el gaxnate, lo que me aumentaba el dolor. Este mal noté en la época en que, sin que sea necesario explicarme más, acostumbra cambiar el temperamento de las mujeres: este fué el principio de mis desdichas.» Era en 1777. Teresa, así atormentada, dirigióse al médico de Civitanova, que procuró, aunque en vano, ablandar el tumor por medio de medicamentos suavizantes y provocar su supuracion.